

RECENSIONES

LUIS GARCÍA ARIAS: *Corpus Iuris Gentium*, Zaragoza. Octavio y Félez, impresores. 1963. 1 vol. de 878 páginas.

Presentamos a nuestros lectores una obra auténticamente monumental y excepcional en su trascendental género, no obstante haber realizado el milagro—para el lector—de reducir a un tomo lo que en sus equivalencias extranjeras suele, habitualmente, ocupar varios. Acierto editorial hasta en los detalles (como el tipo de letra) y cuidadosa labor selectiva han conseguido ese milagro: el recensionista, ligado por una añeja amistad con el autor, le pidió que concluyera ciertos documentos—como el Tratado de los Pirineos y el de Lisboa de 1668—y el autor le convenció de la inexorable necesidad de poner un término recopilativo a la frondosa selva del material idealmente recogible. Que el forzoso convencionalismo de toda selección ha ido acompañado del acierto, puede comprobarlo el lector con sólo repasar el índice. Con un complemento valioso, el cuidado y la garantía en lo comprobación de las fuentes utilizadas y en su transcripción. Francamente—y permítasenos anticipar lo que debería ser una conclusión—, no comprendemos el poco *ruido* que hasta ahora ha despertado la obra; ciertamente, para la publicidad vulgar o de masas, los *bestsellers* son relatos eróticos o políticos, y el Derecho Internacional—inseparable de la política y de la economía internacionales—sigue siendo campo de profesionales y técnicos con revistas y centros selectos, esto es, minoritario. Pero creemos que en otro país menos desigual a la hora de difundir y comentar sus publicaciones, el libro de García Arias habría tenido enorme y popularizado eco. No queremos—por pena—añadir que ya lo habrá tenido en países hispanoparlantes y en otros.

El *Corpus Iuris Gentium* es un completísimo y apretado digesto recopilativo, ordenado y anotado. Con alguna adición más—sustanciosa y tentadora—, ya que, aparte de la introducción del autor, muy útil y orientadora, encierra al final el índice de una proyectada «Colección de Textos de Derecho Internacional e Historia Diplomática», que, como ahora se dice, es *un reto* para que corporaciones o instituciones y demás interesados ayuden al autor en la ingente tarea de darle vida impresa. El recensionista lo pensó y procuró en su día, antes de que la realidad trocara la proyectada colección de dilatada realidad, en la concreta publicación del *Corpus* que anticipa lo más urgente e indispensable de aquélla. Serían cuatro voluminosos tomos. El *Corpus* es uno y está al alcance de todos. En nuestro empequeñecido mundo en que todo problema es internacional, es una herramienta de trabajo indispensable a una variada gama de lectores. Y no tiene *ersatz* conocido. Porque hay equivalencias extranjeras, difíciles de adquirir y hasta ecos parecidos en español.

RECENSIONES

publicados en Hispanoamérica. Pero, sinceramente, proviniéndonos contra la amistad y admiración y eliminando el patriotismo, ninguna de las que conocemos—en lenguas occidentales o en español y portugués—es mejor. Más aún, casi todas enfocan la recogida de materiales, habida cuenta de su interés para el país en que se publican. También lo hace—y es normal y legítimo—García Arias; pero con una moderación correctiva del origen hispano de su trabajo, para que sea a la vez internacional o universal.

Una obra de este tipo es difícil de presentar a los lectores si no se acude al método descriptivo. Relatar sumariamente lo que contiene, es el mejor servicio informativo que se puede prestar al que luego ha de decidir si la adquiere o no. Descontando el citado índice de la proyectada «Colección de Textos», la obra tiene nueve partes, que, por su orden, citaremos. La primera se consagra a la organización internacional, distinguiendo la mundial de la regional. Nuestros lectores conocen que una de las caracterizaciones de la llamada «pactomanía contemporánea» es la organicística. El mundo está formado por una enredada madeja de hilos internacionales orgánicos y permanentes que—tras el recogido ensayo ginebrino—se centran en la ONU y sus «agencias» y en los organismos de variada dimensión «regional». El libro recoge incluso los reglamentos de los grandes órganos de la ONU y las más destacadas—hasta hoy—de sus resoluciones, y luego todo el abanico regional de ambos hemisferios con una cierta preferencia por los americanos. Para que todo no sean elogios, sugerimos que en la segunda edición figuren, «si el espacio lo permite», las cartas de la OCAM y de la ADESA. Luego viene otra parte sobre Sujetos de Derecho Internacional, empezando por los clásicos (los Estados), su reconocimiento, derechos y deberes, y concluyendo en la Santa Sede. La Tercera parte se dedica a las competencias: dominio terrestre, aspectos adquisitivo y delimitativo (destacando los Tratados que afectan a España: en la segunda edición figuran dos más recientes mermas de nuestro suelo, las de Guinea e Ifni). Dominio marítimo (estrechos incluidos). Dominio fluvial (poco extranjero). Dominio aéreo (más). Dominio «internacional» (rótulo que aplica al Tratado sobre la Antártida) y «universal» (exploraciones ultraterrestres: tratado de 1967). Así como las limitaciones de la competencia personal del Estado (derechos humanos, migración, etc.). La Cuarta parte se consagra a las relaciones pacíficas: órganos (diplomáticos y consulares) y administración (principalmente cultural: en la segunda edición podría incluir alguno de los escasos condominios existentes). La Quinta parte trata de la solución de conflictos: medios arbitrales y otros diplomáticos, procedimiento judicial, incluyendo «casos» jurisprudenciales seleccionados. La Sexta y Séptima—que pudieran haberse refundido—tratan de la prevención de la guerra (el campo de los *wishfull thinkings* internacionales) y de su moderación. La Octava se consagra a algunos tratados de paz—Japón—o equivalencias—Alemania, Indochina—y deja un hueco para que en la próxima edición Italia (ya que no los «satélites») y Corea tengan lugar, así como lo que existe o para entonces pueda existir sobre el Oriente Medio (no tocado incidentalmente en la parte, al revés que Corea). En fin, la parte Novena—tratados bilaterales hispanos—se centra en los discutidísimos con EE. UU. y Marruecos, el complejo concordato de 1953 y el más feliz instrumento del bloque peninsular o ibérico. Como el lector habrá apreciado, el esfuerzo es colosal y supone—proporción personal aparte—una habilidad para quitar tiempo al tiempo ocupado, una resistencia física y hasta una diplomacia editorial poco corrientes y nada fáciles.

García Arias ha puesto al alcance de los que entiendan el español la urdimbre internacional del mundo—el que vivimos y aquel del que trae directas raíces—de modo que no hay que desplazarse, investigar ni «mendigar» culturalmente los mil textos dispersos entre colecciones u otras obras de difícil

RECENSIONES

encuentro o manejo y a veces olvidados por ellas. El libro sirve al estudiante y al catedrático. Al diplomático y al comerciante. Al político y al simple erudito. A todo el mundo. Este es un elogio, pero rigurosamente comprobable. Nos enorgullece que el autor sea un viejo colega, fecundo colaborador de nuestra REVISTA y hasta en ocasiones del recensionista, que con veinte años menos le hubiera ayudado más a plasmar su proyectada colección.

J. M. C. T.

TOMÁS MESTRE: *Africa como conflicto: Las relaciones interafricanas*. Madrid, «Cuadernos para el Diálogo», S. A. (Colección Esta Hora). Madrid, 1968, 1 vol. de 574 págs., con varios cuadernos anexos y un mapa plegado.

Presentamos a nuestros lectores una de las escasas—para no incurrir en el vicio de decir «la única»—obras publicadas recientemente en España sobre el Africa actual, viva, compleja, cambiante y rigurosamente ignorada hasta por las gentes más insospechables—dada su posición o sus actividades—que mantienen una visión rutinaria, rigurosamente atrasada e inexacta. Se encuentran en España buenas obras del tipo de la que presentamos—no siempre mejores—en lenguas tan accesibles como el francés, inglés y portugués. Y en castellano y en catalán. Pero no se ha escrito—que sepamos—una obra de esta envergadura que, en forma un poco más desordenada y mucho más amena, nos recuerda las «abreviaturas» de las obras clásicas de Hailey, Bernatzik, Westermann, Mendès, Hardy, etc., etc. Ciertamente: la obra no es *universal*, esto es, enciclopédica. Su título no engaña, sino que orienta, *Africa como conflicto*; el autor añade más adelante que es un «conflicto integral» y queremos entender que con ello significa que la problemática africana—fruto del salto excepcional desde la infancia tutelada a la emancipación acelerada—se desarrolla a base no de sedimentos y novedades con inevitable roce parcial, sino de novedades que por sí erosionan cuando no pueden hacer volar a los sedimentos, a la vez que chocan entre sí. Y vamos, con la posible objetividad, en un viejo jubilado del africanismo popular o espontáneo español—que nunca perteneció al «oficial» y catastrófico—a presentar el libro, sobre el cual tuvo lugar en el Ateneo de Madrid un interesante coloquio crítico que ya desveló sus rasgos a quienes lo presenciaron. Primeros elementos, los positivos. Tomás Mestre sabe mucho, ha trabajado mucho y escribe densamente y no con «hojarasca mediterránea». No en balde ha trabajado—además de en Valls y Madrid—en Nancy y Estrasburgo, en Gateshead-upen-Tyne y en Dublín. Lo que se acusa inmediatamente, pues las fuentes anglosajonas, o vertidas al inglés, proporciona quizá más de los 3/4 de los materiales elaborativos del libro. Lo que parece denotar unilateralismo y, sin embargo, no lo denota; ya que la mayoría de Africa era británica, en el resto—partes portuguesa y belga, e indirectamente la francesa—los influjos y nexos con lo británico (o anglosajón) eran muy grandes. Y gentes de la última cultura se han preocupado con interés y medios de las visiones del Africa en reciente y no definitiva forja. Por lo tanto, el que lea—nunca deprisa, de un tirón o por una sola vez—el libro, sale sabiendo mucho de Africa, con ideas recientes y actuales, y hasta con interrogantes también inexcusables y actuales. Mestre es inteligente, se ha encariñado con el estudiado tema y ha caído en muchas de sus honduras.

Segundos elementos: Los negativos. Una crítica sin reparos es falsa; afortunadamente los reparos que vamos a consignar son importantes, pero no desvalorizan el libro. El autor ha sacrificado la proporcionalidad de problemas, y sobre todo de escenarios. El Africa mediterránea, más o menos árabe, sale perdiendo (mientras que la otra Africa blanca, la del Sur, está bien tratada).

RECENSIONES

La presencia peninsular tampoco queda excesivamente bien presentada, y si la modestia de la española lo justificaba, la esplendidez de la portuguesa pedía más atención. Incluso sentimentalmente un hispano de lengua castellana, como el autor, tendría que inclinarse hacia los hispanos o peninsulares de lengua portuguesa, implantada definitivamente—pase lo que pase—en Africa, donde ya hay dos pre Brasiles, un poco aminorados en el Libro.

Hay otras objeciones o disconformidades—siempre de criterio, no de valor científico—que añadir. Mucho detallismo en la presentación de algunos relatos que crearán interrogantes al lector no muy preparado (menos mal que los datos esquematizados en los cuadros anexos aclaran parte de las lagunas mentales de los no especialistas). Mucha fidelidad a las tesis oficiales o predicadas por los dirigentes de las nuevas Africas, incluso cuando están en conflicto entre sí, o cuando el autor las formula reparos, menos vigorosos que la presentación de aquellas tesis. Bien poco sospechan los *líderes* africanos que han tenido un desinteresado portavoz europeo ante los lectores que entiendan el español. En fin, como secuela de lo anterior, el autor da excesiva fe—involuntariamente—a las realizaciones oficiales del Africa en marcha, a veces difícilmente separables de los proyectos y éstos de los sueños. Contando siempre con la ayuda exterior, pues discrepamos del autor en que los dos «grandes» se han desinteresado un tanto de Africa. Aún acabaríamos la lista de observaciones con un cariñoso reproche a la modestia del autor, que a veces ha minimizado su apreciación sobre un problema abundantemente expuesto.

El libro tiene VIII capítulos (IX con uno suplementario, de *Addenda*, para poner «up-to-date» lo recogido hasta el mismo momento de la impresión). Aquellos se consagran al Africa Colonial (reparto, panafricanismos iniciales). A la conquista de la independencia. Al Africa de las Conferencias (que acaba en la llamada «pleamar» de Addis Abeba). Al tránsito de la esperanza a la frustración. A los reagrupamientos como vía de salvación—dando demasiada importancia, por ejemplo, a la PAFMECA con relación a la Liga Arabe, que en parte es africana. A los conflictos fronterizos (bien sintetizados, pero no exhaustivamente). A la presencia blanca (bloques, realizaciones, lucha, liberaciones). Y a las conclusiones, breves, discutibles e interesantes.

Los cuadros anexos enseñan de una «hojeada»—u ojeada—los grupos y las organizaciones africanas; establecen una útil «cronología básica». Las monedas y cuadros sinópticos de cada país africano (éste aparece en las obritas, española de Pérez Creus y portuguesa de Oliveira e Castro). Una bibliografía breve (porque se combina con citas aisladas en los capítulos). Y el mapa final ya mencionado.

Si Mestre quisiera y pudiera, le animaríamos a que en una próxima edición abundara la descripción geográfica, cultural y económica de Africa, y diera más proporción al estudio de sus partes. Pero ello depende de muchos factores que—percibimos—exceden de la voluntad del autor. Porque—mal síntoma, aunque corregible—la obra ha debido tener más publicidad, provocar por su valía más ecos. Silvela decía que España «no tenía pulso». ¿Africanista tampoco? Un extranjero—*nomen omissis*—decía que lo poco que tuvimos en el reparto de Africa fue para que se probara lo explicable de nuestra eliminación. Y esto no era justo: *lo hicimos bien*—burocracia aparte—en nuestra Africa, pero no supimos rematar los procesos emprendidos. Y esto se acusa respecto de la literatura africanista en España: parece un milagro que se publiquen libros como el de Mestre, y parece un triste designio el de que la gente no les destaque como éste merece.

J. M. C. T.

RECENSIONES

FRANCISCO J. CARRILLO: *Sionismo, Comunas y nueva estrategia en Oriente Medio*. Ediciones de Cultura Popular, S. A. Barcelona, 1968, 172 págs.

En los graves problemas del Cercano Oriente u Oriente Medio que desde junio de 1967 están centrados sobre las cuestiones de la fijación de Israel en relación con los derechos de los antiguos habitantes palestineses, viene existiendo la paradoja de que lo circunstancial se pone delante de lo fundamental. Los titulares sensacionales y sensacionalistas de las diarias informaciones de Prensa, cuando dan cuenta de lo que va pasando en Israel y de sus pugnas tanto contra los árabes palestinos como contra los Estados de la Liga Árabe, dejan casi siempre en la sombra las causas y las formas de las realidades fundamentales. Otro inconveniente es que muchas veces tanto los informadores como los lectores tienden a no querer encontrar ni admitir más que lo que previamente buscan, guiados por las simpatías o antipatías que tengan «a priori» contra unos u otros contendientes. Así, la actualidad enmascara la verdad.

Uno de los temas sobre los cuales existen mayores prejuicios (a pesar de que sobre ellos se han acumulado páginas impresas en reportajes, hojas de propaganda, novelas, etc.) es el de los *kibutzin* o aldeas israelíes colectivas. Unas veces se ha recordado el idealismo de sus fundaciones y sus programas; cuando surgían como extrañas colonias agrícolas fundadas por intelectuales que llegaban fugitivos desde Europa, y quemaban sus títulos universitarios para convertirse en labradores y granjeros sobre una tierra nueva. Otras veces se ha exaltado el curioso sentimiento de anulación de lo individual que hacía de cada *Kibutz* un falansterio en que todo era de todos, como en una increíble utopía palpitante. Pero en realidad la idea y la práctica de los *kibutzin* nacieron mucho antes que Israel (y con rumbos a veces más paralelos que auxiliares); pero después el Estado sionista los ha absorbido y a veces los ha aplastado. Por tanto, es evidente que no pueden llegarse a conocer las estructuras del israelismo y el sionismo en acción, sin proceder a «desmitificar el *kibutz*».

Este es uno de los objetivos iniciales del libro (verdaderamente magnífico en cuanto a la aportación de los datos y la objetividad de su presentación) escrito por Francisco J. Carrillo. Trabajando en calidad de diplomado en Derecho Agrario, para realizar un estudio de los *kibutzin* sobre el terreno, este autor español pasó bastante tiempo en Israel, visitando muchos *kibutzin* y tomando contacto con dirigentes del movimiento kibutziano (especialmente los relacionados con los sectores socialistas del *Mapam* y el *Hashomer Hatzair*). Analizó también el papel de los organismos israelíes oficiales, como la Federación sindical de la *Histadrut*. A estos estudios directos, hechos en Israel, Francisco J. Carrillo añadió después de la guerra de 1968 la consulta del material bibliográfico acumulado sobre el tema en centros europeos, y el contacto con los mayores especialistas. Sobre todo con el profesor de la Escuela Práctica de Altos Estudios en la Sorbona, Maxime Rodinson, a quien se debe el prólogo del referido libro.

Maxime Rodinson elogia ante todo la oportunidad y utilidad de esta obra, «que colma una laguna importante en el público de lengua hispánica». Luego el profesor parisíense subraya el interés de que porque los judíos fueron perseguidos en Alemania haya un «complejo de culpabilidad europeo-americano», por el cual se olvide que en Palestina los dirigentes del Estado de Israel actúan como perseguidores contra los árabes palestineses. Además los dirigentes de Israel no tienen derecho a hablar en nombre del resto de los judíos del mundo. En cuanto al carácter actual del Estado israelí enfocado en un análisis técnico, el profesor Rodinson pone de relieve que representa una adaptación a los

espacios del Cercano Oriente, de lo que se llama «imperialismo» en toda la extensión de la palabra. Claro es que muchos de los primeros creadores del sionismo eran unos ideólogos no sólo ajenos al imperialismo, sino verdaderos renovadores y revolucionarios sociales. Pero luego vino una adaptación a los intereses de ciertas grandes potencias mundiales, por lo cual el sionismo, puramente y sinceramente hebreo, ha quedado diluido o amarrado.

Un punto esencial que Maxime Rodinson desarrolla cuidadosamente es el de que «en la base de la comprensión del problema israelí-palestino o israelí-árabe, en su aspecto que más importa a la opinión mundial orientada hacia vías progresistas, es preciso colocar las aspiraciones del llamado Tercer Mundo del cual forma parte el mundo árabe». Ahora bien, Israel aparece para el Tercer Mundo en general como un símbolo directo y concreto del imperialismo, puesto que Israel combate contra los dos objetivos que los países en vías de desarrollo juzgan primordiales; es decir, las independencias políticas y la elevación del nivel de vida en los pueblos ocupados y discriminados (como es hoy el pueblo árabe palestino).

En cuanto al enfoque panorámico actual de toda la experiencia israelí, Francisco J. Carrillo dice que es obligatorio encajarla en el contexto mundial de los engranajes capitalistas (en el sentido técnico de esta palabra). Dentro de Israel los *kibutzim*, de propiedades fundadas en pequeños círculos cerrados, sólo suman hoy el dos por ciento de la población total de Israel. Son una experiencia residual, tolerada y controlada por los gobernantes de Israel, que representan y ejecutan un capitalismo estatal. Aparte de los antiguos *kibutzim*, que son de emplazamientos y funcionamientos rurales, existe también una distinción entre el Estado sionista y la clase obrera israelí, dentro de la cual, por otra parte, hay dualismo entre los dirigentes del oficial *Mapai* y los de otros grupos más progresivos, como los del *Mapam*. Realmente en el interior de Israel una gran parte de sus masas populares judías (como por ejemplo varias capas laborales, los judíos «orientales», muchos sefardíes, algunos grupos religiosos, etc.) existen como clases sociales deprimidas bajo el sistema imperial de los gobernantes de Tel-Aviv. Francisco J. Carrillo subraya que esas masas judías podrían tener en sus manos grandes posibilidades para ayudar a los objetivos de paz en Oriente Medio, si pudiesen aliarse con las masas árabes.

Para la comprensión de la situación actual la aproximación histórica que aparece al comienzo del libro de Francisco J. Carrillo se inicia recordando la obsesión de pueblo perseguido, que en el siglo XIX desvió los contenidos religiosos de una parte del judaísmo mundial hacia los objetivos nacionalistas que en 1897 hicieron aparecer al sionismo. Al final, cuando por caminos más o menos casuales se llegó en 1948 a la creación del Estado de Israel, el ex-presidente del Ejecutivo de la Organización Sionista Mundial, Moshe Sharet, lo definió diciendo: «El premio fue las llaves de las puertas del país, que fueron quitadas a otros.»

El trabajo del señor Carrillo no tiene como pretensión el juzgar lo razonado o lo abusivo, lo bueno ni lo malo que pueda haber habido en la evolución del país israelí. Lo que quiere el referido libro es, sobre todo, ser una sencilla e inequívoca introducción al Oriente Medio en general y la cuestión de Palestina en particular. Un texto que ayude a clarificar opiniones y facilitar una información muy elaborada. En este sentido uno de los mejores elementos de la obra de Francisco J. Carrillo es su bibliografía, muy amplia y apretada sobre todo en los temas referentes a los *kibutzim*, donde resulta verdaderamente exhaustiva.

En cuanto a la sucesión de temas a lo largo de las partes y los capítulos, los principales se refieren a lo que es un *kibutz* por dentro y por fuera, sus bases comunales y económicas, la organización del trabajo, la tipología fami-

RECENSIONES

liar y las vinculaciones estatales. También se explica lo que el autor denomina «falso socialismo israelí» contrapesando los aspectos negativos y positivos de la comuna; las relaciones jurídicas del trabajo, etc. Luego, el Estado de Israel como instrumento de combate, los problemas de los refugiados árabes palestinos, las normas israelíes de discriminación y el racismo, las posiciones de Israel en la estrategia imperialista y las posiciones israelíes respecto al conjunto de todo el mundo árabe. Hay, por último, una serie de documentos de organizaciones guerrilleras palestinas, grupos izquierdistas judíos y organismos de solidaridad del Tercer Mundo.

Al final, lo mismo que al principio, el libro sobre el sionismo, las comunas y la nueva estrategia en Oriente Medio, subraya y reitera que lógicamente dicho Oriente Medio debe ser una zona forzada a la descolonización, a demostrar el predominio de los grandes intereses económicos que allí tienen las máximas potencias mundiales y fomentar el uso de los recursos locales por todos los Estados nacionales que allí se han hecho o se han rehecho después de la primera y la segunda guerras mundiales. La toma de conciencia de la propia personalidad de la unidad de un pueblo palestín y su lucha se consideran como aspectos vitales en las esperanzas de un Oriente a la medida de los intereses de sus pueblos.

También Maxime Rodinson opina respecto a la fijación oriental de una paz lógica, que la única posibilidad de reconversión de Israel sería un acuerdo de los elementos progresistas judíos con los palestinos de todas clases, para crear entre unos y otros un «Estado bi-nacional». Porque la conciencia de su fuerza creciente puede ser para los palestinos árabes de la «resistencia» la causa de que propongan un programa positivo que pueda ser aceptable para una gran parte del pueblo de los judíos establecidos en Palestina. Desdichadamente, tales perspectivas son ahora muy imposibles y casi imposibles, o, por lo menos, sometidas a entredichos violentos. Pero tenían que ser mencionadas al buscar un punto de referencia ideal.

RODOLFO GIL BENUMEYA

